

Los pewenche trashumantes: Adaptación del espacio doméstico temporal como mecanismo natural de resistencia cultural. Respuestas a un nuevo contexto geográfico y territorial

Fernando Dowling Leal ⁽¹⁾

Resumen: El espacio geográfico ha sido una de los principales condicionantes para la existencia del ser humano, principalmente porque en él ha desarrollado gran parte de su actividad vital, cuya influencia principal han sido las características biogeográficas y físicas del entorno natural que habita.

Los pueblos nómadas se caracterizan por la movilidad en zonas aisladas y de grandes extensiones, así lo han hecho por siglos los pewenche en la Cordillera de los Andes. La geografía ha sido determinante para la construcción social de un paisaje en movimiento. Las actividades productivas, modos de vida y cultura, tiene raíces en el espacio temporal que los pewenche han construido en los Andes del Sur. Los pewenche antes de la conformación de los estados Nación de Chile-Argentina habían desarrollado actividades de intercambio transcordillerano, acrecentado por la introducción de ganado europeo, por su condición estratégica en las rutas transcordilleranas capitalizaron los flujos de mercancías y por tanto los movimientos se acrecentaron por el uso del caballo como medio de traslado.

Una vez impuestos las nuevas fronteras el desmembramiento del territorio cordillerano no sólo fragmentó una geografía que para las culturas móviles son continuas, en la cual la fluidez del paisaje es una condición vital para sus modos de vida. Producto de la pérdida del 90% de sus territorios originales la movilidad estacional propia de la cordillera, sobrevive con fragilidad en la práctica trashumante que desarrollan con dificultad y limitaciones extremas para la práctica histórica de movilidad.

En definitiva, el presente artículo reflexiona sobre el devenir pewenche en la actualidad, en cuanto movilidad cordillerana y ocupación de los espacios geográficos de la alta cordillera, sus formas de ocupación y responsables de la construcción de un paisaje cultural de montaña.

Palabras clave: Movilidad - Paisaje - Fronteras - Efímero - Naturaleza - Habitar

[Resúmenes en inglés y portugués en las páginas 107-108]

⁽¹⁾ **Fernando Dowling Leal** es Arquitecto de la Universidad de Chile y Arkitek UHR, The Swedish Council for Higher Education (Suecia). Magister MIPA, en Intervención del Patrimonio Arquitectónico de la Universidad de Chile (Chile). Ha contar de 1999 ha realizado docencia en varias universidades en Chile como en el extranjero, y contar del 2003 es

Profesor de Taller proyectual en Arquitectura, de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Chile. El año 2015 crea junto a otros profesionales de la Universidad de Chile la fundación Arquitectura Emergencia y Derechos Humanos (AEiDH).

Introducción

Para contextualizar, es necesario, primero que nada, mencionar algunas ideas generales sobre el concepto ampliado de “patrimonio cultural”, que incluye, además del patrimonio cultural tangible, la “cultura tradicional y popular” o patrimonio cultural intangible. En muchas poblaciones el patrimonio cultural intangible ha jugado un papel vital en la afirmación y expresión de la identidad de grupo, que a su vez tiene una profunda raigambre histórica. Las cosmologías, creencias y valores comunicados por los idiomas, tradiciones orales y diversas manifestaciones culturales a menudo constituyen los cimientos de la vida en comunidad. De hecho, los patrimonios intangible y tangible siempre han estado íntimamente entrelazados: el primero da significado al segundo, mientras que éste brinda apoyo físico al anterior.

El derecho a la propia identidad, tanto a nivel del territorio como en la construcción cultural del paisaje, y por cierto a la producción de hábitat, constituye la materia prima en el sentido más amplio de su significado, el espacio ocupado y habitado en sus diversas escalas de la geografía vienen a constituir la base de la reproducción social y simbólica de un cultura, en este caso vital para una cultura que lleva en su gen cultural, la herencia de antiguos pueblos nómadas, los pewenche trashumantes, herederos de aquellos nómadas de los Andes del Sur.

Las ciencias de la antropología y la arqueología han realizado en el último tiempo grandes aportes al estudio y comprensión sobre la movilidad en pueblos nómadas; no obstante, desde la arquitectura ha sido insuficiente, tanto a escala de paisaje como del hábitat. Se ha centrado en el paisaje como un estado inmanente al contexto de la obra; el objeto instalado en un lugar receptor, por tanto pasivo y complaciente de sí mismo, muchas veces recurriendo a una mirada globalizante histórica y patrimonial de la territorialización más que de un espacio habitado, entendiendo a este como una construcción cultural y simbólica primaria y elemental, y no por eso menos relevante, manifiesta en la práctica del caminar, la del cuerpo y la del espacio.

Si imaginamos cómo eran los movimientos humanos en tiempos primitivos, podríamos suponer que los desplazamientos eran paso a paso y lleno de dificultades. Por lo tanto, su andar debió ser pausado, riesgosos y repleto de sucesos inesperados en la ampliación de los espacios geográficos.

Aquellos primeros grupos humanos debieron superar adversidades, tanto para obtener alimentos como también para sobrevivir de las amenazas de los depredadores y enemigos naturales.

Desplazarse en la antigüedad fue sin lugar a dudas una empresa casi imposible, sobre todo porque con un cuerpo erguido, armado de dos piernas, lo hacía dificultoso y una tarea titánica.

Siglos después, los movimientos migratorios les permitieron abarcar valles, ríos, océanos, desiertos y grandes montañas, a pesar de estas dificultades nada fue un obstáculo que los detuvo en ese andar, si bien los hechos indican que hubo pausas en el tiempo, la mayoría de las veces fue superada por otras generaciones posteriores, abriendo nuevas rutas y conectando nuevas geografías, aún sin saber los resultados de semejantes logros, las siguientes generaciones se encargaron de cosechar sus frutos.

Este ciclo natural de la historia humana nos permitió no sólo conocer y adaptarnos a nuevas geografías y realidades, sino que, allí donde hubo condiciones domesticar animales y vegetales, nos condujo a las grandes migraciones y a sociedades más complejas (Diamond, 1997).

La expansión de la población humana permitió avanzar paso a paso a proponerse realizar grandes empresas de movilidad y con ello a constituir nuevas formas de ocupación, desarrollando nuevas técnicas en la construcción artilugios y espacios habitables para la movilidad como para comenzar a los procesos de sedentarismo, prácticamente a la par con la agricultura.

El nomadismo primitivo fue el inicio de largo camino hacia procesos de adaptación a diversas geografías. Los movimientos de animales y su domesticación junto al mundo vegetal, les permitió avanzar hacia un mayor dominio del entorno, pero sobre todo a ampliar los horizontes más allá de sus fronteras visuales.

Entonces podríamos concluir en esta primera reflexión, que el denominador común de estos procesos de movilidad primitiva era superar las dificultades que las geografías, y que a medida que crecían en sus desplazamientos, las recompensas se ampliaban a más y mejores alimentos, mayor seguridad y con mejores recursos. La acumulación de conocimiento facilitó el perfeccionamiento de herramientas, insumos y técnicas, que trajo a la par, evolucionar sus espacios de cuidado y de cobijo.

Ahora bien, si nos situamos en el continente sudamericano, la cordillera de los Andes, los Desiertos y la Amazonía, han sido hasta el día de hoy, lo suficientemente adversos para la supervivencia de grupos humanos, y a pesar de eso, los pueblos primitivos supieron sortear y adaptarse a esas condiciones extremas.

Este artículo está circunscrito en el campo de la movilidad, la estudiada por historiadores y otras disciplinas relacionadas, tanto antropología y arqueología han rearmado el mapa del conocimiento e imaginarios sobre hechos históricos, y algo más relegado a un segundo plano, desde la arquitectura del paisaje o arquitectura cultural.

En este caso se abordará los aspectos relevantes que llevaron al pueblo Pewenche pasar del nomadismo primitivo al trashumante de hoy, con un enfoque descriptivo y reflexivo respecto a la relevancia desde el punto de vista histórico como del presente.

La presencia de los pewenche en la Cordillera de los Andes del Sur, se remonta a varios siglos, sino a milenios. Si recurrimos a la arqueología y la estudios antropológicos de sus orígenes aún nos faltaría completar los eslabones de su trayectoria e historia objetiva, propósito por cierto casi imposible de dilucidar, del cual este trabajo no pretende ingresar, por cuestiones obvias, menos conocer en profundidad el ethos del pewenche que hoy vemos

transitando por la Cordillera, sólo nos proponemos abrir un espacio para contribuir a una comprensión desde los aspectos culturales de la ocupación de la geografía cordillerana, basada en la movilidad trashumante.

La trashumancia altitudinal de los pewenche se desarrolla en una porción ínfima de las originales de sus ancestros, hoy sólo ocupan una sección entre los paralelos 37 y 39 latitud sur, entre los 800 y 1800 msnm, circunscrito entre distintos pisos ecológico, que más adelante ahondaremos.

Los pewenche, los “residentes” de los Andes del Sur

Si nos preguntamos quienes son los pewenche, probablemente los primero que se nos viene a la mente es parte del mundo mapuche, y en segundo lugar, su toponimia, proveniente del idioma mapuzungun, que los sitúa como la *gente del pewen*¹, característica que los diferencia de las otras identidades mapuches, por consecuencia, al pueblo que habita el territorio de los bosques del pewen o araucaria, sería exclusivo de este pueblo.

Ahora bien, es necesario mencionar, que el pewen también se encuentra en la cordillera de Nahuelbuta², situada más cerca del océano pacífico, y que para el mundo mapuche sus habitantes naturales sería los *lafkenche*³ quienes incorporan también en su dieta alimenticia, el fruto de este majestuoso y longevo árbol, el piñón o *ngillú*⁴. Por consiguiente, siendo esto así, entonces los pewenche no tenían la exclusividad cultural del pewen, sólo un peso distinto dentro de su cultura.

Desde una perspectiva territorial, los pewenche tenían cómo frontera natural la gran cordillera de los Andes y a hacia el oriente de esta, las grandes extensiones que ofrecían el *pwelmapu*⁵. Condición que nos orienta a que los pewenche actuales si tuvieron acceso a grandes espacios geográficos más allá de la cordillera, y de ahí parte importante de su origen, la movilidad y como herencia la de sus ancestros nómadas que abarcaron los espacios precordilleranos del oriente, hacia el norte, hasta el río diamante, en la actual provincia de Mendoza⁶.

Desde la literatura trasandina se reconoce a los pewenche como los conocedores naturales de la cordillera de los Andes y de las rutas transcordilleranas, y que sus dominios desde mucho antes de la llegada europea superaban con creces la geografía del pewen andino.

Hablar hoy día de los pewenche trashumantes de los Andes del Sur nos da una oportunidad para conocer y explorar con mayor profundidad la cultura excepcionalidad de este pueblo. Para comprender su riqueza cultural por sobre cualquier reduccionismo asociado a una dependencia identitaria, absoluta y única con los bosques del pewen, nos parece reduccionista.

Si bien no es resorte de este artículo ingresar al campo de la historia de los pewenches ancestrales, nos encontraríamos con hilo conductor entrecortado y a momentos difuso, sobre todo si sólo consideramos los documentos históricos con que se cuentan, contaminados de constructos y dogmas. La movilidad de los pewenche debe ser tratada como caso particular, tanto en aquella historia que todavía está en proceso de delinear su devenir, como por la evidencia viva, de ser hoy en día los últimos trashumantes de los Andes del Sur.

Respecto a la pertenencia, similitud, o diferencias del pueblo pewenche con el mundo mapuche no es un tema que sea relevante ahondar en este artículo, que por cierto es responsabilidad de otros estudios disciplinares, y sobre todo de los propio pewenche que habitan la cordillera hoy en día.

Este artículo, más bien viene a intentar comprender que el mundo pewenche manifiesta hoy en día cualidades distintivas que valen la pena rescatar, recuperar, o por lo menos aportar un pequeño grano de arena, a la comprensión y conocimiento de su cultura de montaña, principalmente en sus modos de construir paisaje cultural, mediante usos cotidianos, a través de la movilidad en el recurso pecuario como también en la recolección de hierbas, actividades cotidianas durante las veranadas.

La movilidad estacional que llevan a cabo los pewenche a los distintos pisos ecológicos, han sido gracias a procesos adaptativos a través del tiempo, conocimiento y técnicas acumuladas y adaptadas al clima extremo, todo esto ha conformado un ethos cultural de la montaña. La construcción de un paisaje cultural de la cordillera de los Andes.

De esta forma nos introducimos en el espacio de vida de la movilidad que los pewenche han elaborado como estrategia de sobrevivencia y que se puede ver reflejada en la ocupación de las condiciones naturales de la alta montaña.

Oswaldo Silva, es posiblemente uno de los investigadores más especializados en la historiografía pewenche, que en la presente cita nos da luces sobre las formas teóricas que han predominado para la comprensión del fenómeno pewenche: “ingredientes vitales para la autenticación de una persona como miembro de un grupo étnico específico con cuyos integrantes comparte sistemas de conducta, sentimientos, percepciones y valores”. Respecto a la denominación pewenche, se afirma que está lejos de corresponder a la designación de un grupo homogéneo, y menos aún circunscrito a lo que en tiempos más recientes del mapuzungun, del cual tiene lazos e historia innegable con el mundo mapuche, por otro lado evidentemente limita no sólo la comprensión más profunda de su cultura, sino que dista también de su característica principal, las prácticas nómadas desde tiempos históricos. Por lo mismo conociendo los hechos acaecidos durante un periodo de influencia mapuche al oriente de la cordillera podemos tener una respuesta parcial sobre la adaptación de los antiguos pewenche al ser asimilados al mundo mapuche (Silva y Téllez 1991, Zavala 2012).

Sobre los pewenche, Núñez de Pineda (1863 [1673]) señala, aunque no entrega denominaciones étnicas, indica que los habitantes cordilleranos eran buenos flecheros, activos cosechadores del piñón, comían carne de caballo, además de vestirse con quillangos⁷, tatuarse el cuerpo y cubrir sus cabezas con turbantes y carcaj⁸ donde llevaban las flechas. Todas estas caracterizaciones nos trasladan a un imaginario cultural distintivos. Los andantes de la pampa y la cordillera nos lleva más allá de la primera idea de identificación de los pewenche como la gente del pwen.

Los pewenche a diferencia de otros pueblos de la región austral optaron por una ocupación de los Andes, desarrollando técnicas y modos de movilidad transcordillerana, su espacio natural ha sido por siglos la movilidad, como muy bien expresa Careri (2000), donde nos recrea la idea de la construcción del paisaje es en el andar, en cierta manera un espacio propio, necesario y significativo para su desarrollo y cultura.

El pueblo pewenche desde tiempos históricos se desarrollaron en la geografía andina, repleta de condiciones extremas y adversas para ser habitada de forma estable, ellos optaron a ocuparla estacionalmente, aprovechando las oportunidades de les permitía conectar a través de la cordillera el oriente con el poniente. La relación con el occidente les dio la posibilidad de establecer relaciones interétnicas y de intercambio, cosa que les reportó ganancias en todo sentido, por tanto les permitió cumplir un rol bisagra en cuanto a sus dominios de esta geografía, de sus rutas y de sus atributos naturales.

Ahora bien, desde una perspectiva del presente histórico, si hacemos el ejercicio de imaginarnos o llevar a cabo el transitar por la Cordillera de los Andes, llegaríamos probablemente a la conclusión de que no se requiere de un gran esfuerzo ni planificación, sobre todo, porque la información y los medios modernos disponibles son infinitamente más avanzados en cuanto tecnologías y recursos. Ahora, si hacemos el intento de dimensionar el esfuerzo titánico que desarrollaron los pewenche para hacer de la movilidad cordillera un modo de vida, nos daríamos cuenta que la movilidad es una cuestión cultural y no de tecnologías.

Desde una dimensión actual, el tiempo, fundamental en casi todas las relaciones de intercambio y de interfaces entre el sujeto y el lugar, esta está condicionada por una segunda variable relacionada con el valor del tiempo, es decir, la velocidad (velocidad=menos tiempo), la cual es determinante para la vida presente y así como avanzamos en la era digital pareciera inminente y más determinante, en el futuro cercano, en síntesis, a mayor velocidad más ganancia en tiempo. Este valor que se le da al tiempo en cuanto a inmediatez, entra en conflicto con la relación de tiempo y velocidad de los acontecimientos naturales que acompañan la movilidad en el espacio geográfico, sobre todo si en la actualidad un transeúnte decide convertirse, aunque sea temporalmente, en un caminante, por tanto recupera sus condiciones privativas del ser humano, andar con su cuerpo, utilizando los mismos el mismo esqueleto y motricidad de sus ancestros, en este caso los medios elementales de la movilidad, nos harían parecernos a los antiguos pewenche de los Andes.

Volviendo al objetivo de este trabajo, en una revisión de la experiencia de la movilidad que llevaron a la práctica por siglos los pueblos nómadas, en este caso, el de los pewenche, es el objeto de estudio y reflexión.

Los pewenche de los Andes del Sur son herederos del devenir histórico, herederos de aquellos primitivos nómadas que hoy reconocemos como los trashumantes del presente. Para ambos, la movilidad, fue y ha sido su identidad respecto a otros pueblos que habitaron esta parte del continente, no sólo porque ocuparon la cordillera como espacio para su existencia, sino que son los últimos trashumantes de la región austral sudamericana.

El “ser pewenche” lleva consigo al nómada de antaño, responde a una fuerza mayor, a un continuo cultural, como los últimos caminantes de la cordillera, cuestión no menor, ya que son portadores de un bien escaso, la historia viva de la humanidad, y la preexistencia entre el ser humano y la naturaleza, previa a cualquier transformación desbordante de su geografía.

Para los pewenche sólo hay fronteras naturales que están incorporadas en las actividades cotidianas, en su naturaleza del andar. Entonces, podríamos agregar a lo ya dicho, que, los pewenche han construido lugar y habitar, en una amalgama inseparable creadora desde el inicio de la historia humana (Heidegger, 1980), porque en ese acto del movimiento, el lugar

ocupado en el andar en el primer habitar humano, como los pewenche dan pie al andar en la cordillera, en sus quebradas, afluentes de agua milenaria, allí donde comienza la arquitectura efímera al andar, con ellos la territorialización de los Andes que aún les pertenece. En el pasado, los pewenche no necesitaban una cartografía impresa para moverse por la Cordillera, sólo bastaba seguir las indicaciones de otros viajeros y conocedores de esta geografía, de la narrativa incorporada en la oralidad cotidiana de sus oradores, portadores del conocimiento de la montaña que heredaron a su vez de sus antepasados.

Lo que determina finalmente el éxito de esta semejante empresa, es el conocimiento adquirido por cientos de años, por cierto de saberes y significados, tan adversa e impredecible, la Cordillera de los Andes, cuna y hogar de los nómadas primitivos que merodearon y ocuparon sus rincones, los pewenche sus dueños naturales, continúan resistiendo los embate de otros tiempos y otros mundos, y como nunca la fragmentación del territorio, la mayor amenaza a su existencia, la movilidad.

Complementando lo dicho hasta ahora, y desde una perspectiva disciplinar, Osvaldo Silva, es posiblemente uno de los investigadores más especializados en la historiografía pewenche, que en la presente cita nos da luces sobre las formas teóricas que han predominado para la comprensión del fenómeno pewenche: ingredientes vitales para la autenticación de una persona como miembro de un grupo étnico específico con cuyos integrantes comparte sistemas de conducta, sentimientos, percepciones y valores³⁷. Respecto a la denominación pewenche, se afirma que está lejos de corresponder a la designación de un grupo homogéneo, y menos aún circunscrito a lo que en tiempos más recientes del mapuzungun, del cual tiene lazos e historia innegable con el mundo mapuche, los sitúa como a la “gente del pewen”, una forma de invisibilización es el encasillamiento a un solo significado u determinismo territorial. Lo cual evidentemente limita no sólo la comprensión más profunda de su cultura, sino que dista también de su característica principal, las prácticas nómadas desde tiempos históricos. Por lo mismo conociendo los hechos acaecidos durante un periodo de influencia mapuche al oriente de la cordillera podemos tener una respuesta parcial sobre la adaptación de los antiguos pewenche al ser asimilados al mundo mapuche. Por otro lado, según las palabras de Poeppig (1860) existe un natural vínculo de las sociedades pastoriles y trashumantes a la actitud bélica de su ethos cultural, así se refiere este autor a los pewenche. Independiente de dar o no validez a esta apreciación que este autor nos induce a creer, lo relevante como testimonio de cierta forma una vida errante.

El testimonio que nos deja a continuación Poeppig, ejemplariza la forma de cómo estos indígenas llevan a cabo las incursiones hacia el valle, y aún sin decirlo expresamente, debido probablemente a su desconocimiento, dichos desplazamientos provenían principalmente por la vertiente oriental de la cordillera y la relación que tenían con los pueblos de la pampa, hace pensar que ese movimiento se hacía más extenso hacia más allá de la frontera cordillerana. Las poblaciones hispanas instaladas en los faldeos de estos territorios son un efecto de atracción en las caballadas (cabalgatas) hacia las cotas inferiores de la cordillera. Además se destacan los trabajos de Gundermann, González y de Ruyt (2009^a; 2009^b), Bello (2014), Godoy (2014) y Huilñir-Curío (2015), coinciden estos autores, en aquellos pewenche de la movilidad por la cordillera, que establecían relaciones persistente y constante entre el pewenche y otros pueblos a través de rutas y pasos por los cuales se movilizaban de occidente a oriente, utilizando formas de movilidad en base a construcciones

temporales que utilizaban para travesías. Primera mención que hace Mariño de Lobera en los escritos recopilados por Bartolomé Escobar (1865). Siglos más tarde Casamiquela (1985,1996) las describe como construcciones horquetadas que avanza sustantivamente al describirlas como de forma coniformes que se diferenciaban de sus contemporáneos, principalmente en las técnicas constructivas utilizadas (*Ver Figura 1*).



Figura 1.

Caracterización de las tolderías de forma conoidal. Construcciones temporales de los pewenche hasta mediados del s.XIX (Fuente: Dibujo de David Hermosilla Colihuechun, egresado de Arquitectura UCH 2021).

Como sostienen Varela y Biset (1992) y Torrejón (2001) la importancia que tuvo para los pewenche la introducción del equino y como estos se adaptaron a esta nueva realidad, transformando al caballo en el responsable en gran medida del inicio de la transculturización que le dio rasgos distintivos a este pueblo, que los llevó de forma significativa a reestructurar sus formas de organizar sus modos de vida social y económica. Los pewenche logran una movilidad nunca antes vista, fueron los primeros, en dominar el caballo que les permitió expandir territorios hacia otros territorios, sobre todo hacia la pampa, y con ello formar nuevas alianzas, relaciones interétnicas, estrechar lazos con unos u otros, (Davies, G. 2019).

Esto da cuenta que las viejas prácticas de movilidad nómada, aún permanecían en la segunda mitad del siglo XX, cuyo autor es longko de una de las comunidades que se aferran activamente a las costumbres migratorias a la alta cordillera. Una forma de apropiación del espacio geográfico, lo que significa un control efectivo de un territorio, no exento de disputas y conflictos con las leyes impuestas, con los intereses de los estados nación (Huiliñir-Curío y MacAdoo, 2014).

Los liderazgos indígenas conformados y consolidados en zonas fronterizas en el marco del proceso de organización del estado nacional han sido tradicionalmente abordados sobre la base de imágenes estereotipadas. El peso de una historiografía centrada en el paradig-

ma del estado-nación mantiene vigente una mirada fragmentada y parcial acerca de los espacios de frontera y de las sociedades indígenas durante la segunda mitad del siglo XIX.

Los pewenche trashumantes de los Andes del Sur

La Cordillera de los Andes es una de los cordones montañosos más importantes del planeta, con sus más de 8500 kms. Sus pergaminos incluyen; ser el más extenso y alojar a los volcanes más altos de todo el orbe. Además, agregar que tiene la concentración de las cumbres más elevadas del continente. Finalmente, con la mayor variedad de climas y geografías, abarca desde el hemisferio norte, muy cerca del caribe hasta el sur más austral, rosando las aguas antárticas, donde sus últimas cumbres, la Cordillera de Darwin, en la isla de Los Estados, hace su última aparición.

La trashumancia es una práctica de movilidad temporal articulada por actividades económicas, en donde grupos de personas se trasladan por largas distancias para ocupar distintos espacios geográficos con climas complementarios para alimentar a sus animales.

A la llegada de los europeos en el siglo XVI, los pewenche, mantenían una intensa movilidad transcordillerana, principalmente entre los paralelos 34 y 39 latitud sur. Se desplazaban durante todo el año, sin embargo, sus movimientos aumentaban en frecuencia cuando se acercaba la primavera, intensidad que duraba hasta el siguiente año, entrando en otoño, con el comienzo de las primeras lluvias de la precordillera, la señal de las primeras nevadas en los valles interiores, no les impedían mantener una relativa incursión hacia un lado u otro de la cordillera.

Los pewenche en la actualidad constituyen un pueblo de trashumante de montaña, que habita la cordillera de los Andes cuyo espacios geográficos están constituidos por movimientos estacionales a distintos pisos ecológicos determinado por tierras más bajas llamadas invernadas, eso quiere decir preferentemente por debajo de las cotas de nieves en invierno, y las veranadas, emplazadas en la alta montaña, que una vez se derriten las nieves invernales les provee de un espacio propicio para el pastoreo, recurso hídrico y vegetativos suficientes para una estadía de seis meses, hasta el retorno de las lluvias otoñales. En este movimiento altitudinal conocido como migración invernada-veranada, el hito más relevante en el cambio de estación y por ende la vuelta a la invernada, es el periodo de la cosecha del piñón entre abril y mayo, cumpliendo así un ciclo anual, el fin del periodo estival de la alta montaña.

Como mencionamos en párrafos anteriores la transformación de los territorios históricos trajo consigo la depredación posterior y desmembramiento de aquel territorio cultural pewenche, no sólo por la injerencia de los estados ejecutores de tal fragmentación, sino que además de las posteriores colonizaciones públicas y privadas, hecho que no se ha detenido, más bien todo lo contrario, se ha acentuado en el tiempo, actualmente en una arremetida voraz sobre la enajenación de territorios ancestrales. El motivo y origen del problema de los espacios de dominio o propiedad, no es el propósito de este artículo, sino más bien dejar establecido los efectos negativos que tiene implicancias directas en la cultura de movilidad en la montaña, esencial en cualquier pueblo trashumante (*Ver Figura 2*).

Los testimonios de pewenche que narran la historia oral de aquellos viajes de los antepasados, mientras algunos pewenche más ancianos aún recuerdan las travesías al otro lado de la cordillera, como la compartida por el longko Alberto Antiné cuando nos comparte su propia historia:

“el año 1986 aún cruzaba por el Batemawüida⁹ hasta el lago Aluminé para realizar trueque, piñón por harina” (Dowling, 2022).

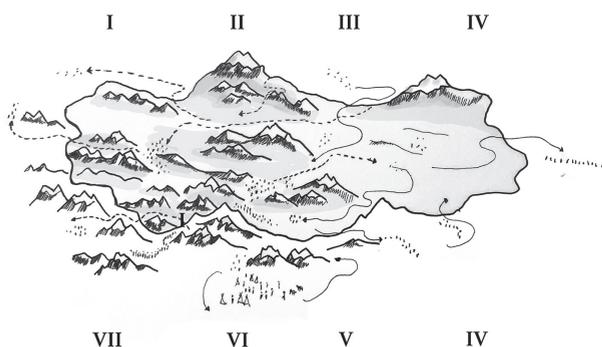


Figura 2. Croquis, interpretación del mapa conceptual que el ser humano construye en los recorridos y movimiento propio de pueblos nómada. Según Careri (2003), las rutas y el recorrido en el movimiento nómada dejan huellas que conforman en sí mapas mentales y que solo ellos llenan aquellos vacíos en lugares reconocibles con identidad propia. I: Movimientos a los valles inferiores del oriente; II: movimientos fronterizos en altura; III: Movimientos, a espacios geográficos de la pampa IV: Movimientos a valles transversales; V: Movimientos precordilleranos, entre bosques del pewen; VI: Movimientos estacionales, del piñón y recolección y VII: Movimientos descendentes a los valles occidentales (Fuente: elaboración propia, 2020).

Como mencionamos en párrafos anteriores la transformación de los territorios históricos trajo consigo la depredación posterior y desmembramiento de aquel territorio cultural pewenche, no sólo por la injerencia de los estados ejecutores de tal fragmentación, sino que además de las posteriores colonizaciones públicas y privadas, hecho que no se ha detenido, más bien todo lo contrario, se ha acentuado en el tiempo, actualmente en una arremetida voraz sobre la enajenación de territorios ancestrales. El motivo y origen del problema de los espacios de dominio o propiedad, no es el propósito de este artículo, sino más bien dejar establecido los efectos negativos que tiene implicancias directas en la cultura de movilidad en la montaña, esencial en cualquier pueblo trashumante (Ver Figura 3).

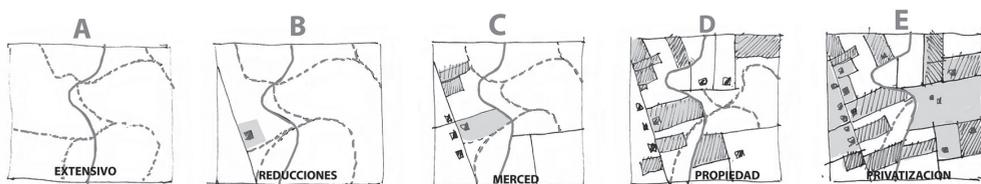


Figura 3. Esquema que grafica la secuencia histórica de la pérdida gradual de los territorios originales, al punto de interferir en la movilidad entre las veranadas e invernaadas (Elaboración propia 2020).

El surgimiento de los espacios de la veranada e invernaada y el uso cíclico y estacional como necesidad de la trashumancia pewenche, surge naturalmente gracias a su propia concepción espacial previa y a la acción simbólica de moverse y caminar de a través del territorio como parte de su identidad cultural (Bengoa, 1985). Si bien esta última es el resultado de un proceso de adaptación natural, la trashumancia que probablemente se venía dando de forma paulatina producto del creciente comercio y trueque de ganado proveniente de la Pampa, esta se ve mermada al punto de desaparecer como práctica, sobreviviendo solamente como herencia de un antiguo nomadismo, la movilidad acotada a los territorios actuales.

La cuestión de la movilidad como práctica cultural en la ocupación del territorio andino, o mejor dicho la territorialización de la cordillera como práctica del nomadismo es una particularidad de los pewenche ya que en la actualidad son ellos los portadores de esa herencia, y lo son desde el punto de vista del constructo resultante de su historia, y una evidencia histórica manifestada en el presente como trashumancia vertical, culturalmente de montaña.

Por otro lado, la memoria es un importante recurso narrativo que permite comprender las relaciones complejas entre la producción de las identidades indígenas y nuevas formaciones socioespaciales. Así como los pueblos cazadores recolectores en su constante movilidad trasladaban consigo aquel espacio geográfico, su naturaleza, recursos, animales, productos, entre otros, la narrativa de sus espacios culturales y simbólico permanecen vivos en los pewenches actuales.

“Narrar es “relatar”, “contar”, “referir”, informar acerca de algo, como antaño se hacía, como la tradición oral dicta; relatar es informar acerca de algo, traspasar la idea de algo a otro (Gómez de Silva, 1985), y ese algo debe tener algún sentido, cierto significado para quien narra y para quien escucha o lee, es un vaso comunicante de significados y contenidos, porque ésa es la cualidad de la memoria: guardar y dar cuenta de lo significativo de la vida, de lo que vale la pena mantener para luego comunicar y que alguien más lo entienda. En efecto, el sentido alude al entendimiento, a la razón, a una especie de explicación, pero no la cientificista, sino la de la cotidianidad, la que la gente en la vida ordinaria

maneja y siente, de ahí que se hable de finalidades, de significaciones y de interpretaciones, porque exactamente es en el contexto actual de la vida pewenche un valor su presencia actual en la cordillera de los Andes del Sur” (Dowling,2022).

La tradición oral da cuenta de que los pewenche desarrollaron una forma de comunicación oral cuya narrativa respecto a su vida errante se sustenta en la diversidad de significados que le han dado a la naturaleza como carácter simbólico en su cotidiana relación con la geografía cordillerana.

Por lo tanto el idioma se expande como lo hace la naturaleza en su diversas formas lingüísticas para expresar el paisaje, identificar sus cualidades tanto físicas como simbólicas, y que en esa tradición oral se construye una cordillera con fronteras porosas, en donde la permeabilidad de sus distintos contextos naturales constituidos por las distintas formas de representación del agua, la montaña, el viento, los ciclos del Sol, el alimento, etc.

Retomando los primeros párrafos, sobre la movilidad en la cordillera, adentrarse en la montaña requiere enfrentar condiciones extremas de su topografía, clima y naturaleza. La montaña siempre será un nuevo territorio por descubrir, para quienes sólo hemos sido visitantes pasajeros y esporádicos intrusos, prácticamente la cordillera es un mundo desconocido, un “océano” de cumbres y quebradas, de grietas y fisuras, de aguas y nieve, de viento y frío, que nunca podremos abarcar ni menos conocer a cabalidad, por otro lado los pewenche han territorializado la cordillera, y han hecho del lenguaje un medio de conectarse con su realidad y actuado sobre ella con la levedad de su complicidad y guardianes de su existencia, benefactores de su geografía.

Introducirse en el mundo de la alta cordillera, tiene un desafío en sí mismo, no sólo porque se requiere alguna noción geográfica y cartográfica para no sucumbir en el intento, sino principalmente por los aspectos imprevisibles del mismo contexto andino, lo hace en sí, una experiencia única e inolvidable.

Una de las características más relevantes del mundo pewenche tiene que ver con la naturaleza contenida en la oralidad, la narrativa sobre aquella geografía cordillerana es la base de la cultura de montaña, todo está sostenido en el idioma y la tradición oral.

Esta particularidad en las palabras del *chezungun*¹⁰, dan cuenta de una geografía social, particularmente pewenche, nos introducen al paisaje capturado por siglos sobre sus manifestaciones naturales, de los Andes del Sur, se desprenden la sabiduría del agua, del viento, la lluvia y la nieve. Los acontecimientos de esa naturaleza extrema de la montaña está desmenuzada en diversas formas de contarnos sobre ella. El sonido de sus voces ancestrales se encuentran en cada denominación de los hechos naturales que son parte de la vida cotidiana de los pewenche trashumantes, pero además contiene toda la historia hacia el pasado, la oralidad ha construido un relato de su geografía, la belleza y significados de la naturaleza son su propia naturaleza de la movilidad trashumante (Ver Figura 4).

“los afluentes de aguas (kó), menuko (tierra húmeda pantanosa), ngtan (pasto húmedo) o los chayako (ojos de agua), entre los mallines (zona de pastoreo) una red de senderos que conectan todo un sistema de sobrevivencia, entre el pastoreo, los pinares del pewen, el sotobosque de las hierbas y los arroyos. Todos ellos conforman un sistema base de redes de la movilidad, que son parte de las rutas

de sus ancestros nómadas. Por su parte el clima nos entrega un mundo de ideas sobre sus formas, en lo cotidiano la vestimenta sobre el paisaje, un abanico de modelos y representaciones en el lenguaje. Piren (nieve) tiene diversas variantes, trierke piren (nieve congelada), trarü piren (copos de nieve grande que cae lento, que parece aves que vuelan), lawaca piren (nieve grande que cae rápido), anken piren (nieve seca en el suelo, nieve que no moja), mërké piren (copo de estrella), rayen piren (nieve como flor), lef piren (viento blanco), kó piren (nieve agua), lüyko piren (lluvia nieve)” (Dowling, 2023).

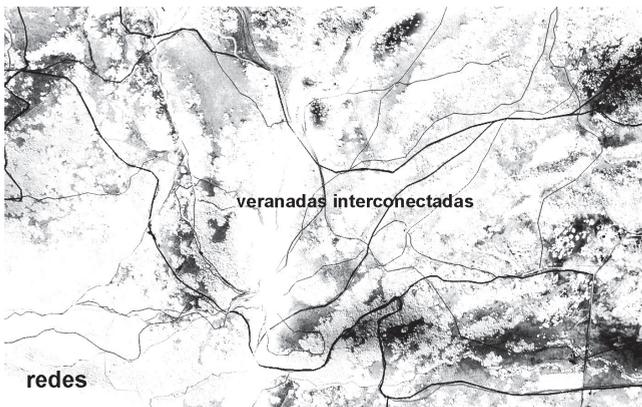


Figura 4.

Las rutas creadas por pueblos primitivos como a su vez por los ancestros de los pewenche son la base espacial por la cual los pewenche ampliaron sus movimientos a través de la geografía de la cordillera. Fueron los que consolidan esta geografía como identidad territorial (Elaboración propia. 2021).

El andar de los pewenche y la territorialización de los Andes del Sur

El territorio es una amalgama de elementos materiales e inmateriales que cada grupo social construye a partir de la proyección colectiva de todas las construcciones mentales e individuales. Di Meo (1998) plantea que el territorio se construye a partir del “espacio geográfico” como el “espacio de vida” o aquel en el que se desarrolla la cotidianidad y el “espacio vivido” o de la experiencia.

El territorio es y forma parte de nuestra vivencia social y cultural, y jamás puede ser considerado como un inmueble de intercambio comercial. Él es para nosotros, los dueños y pobladores ancestrales, un espacio que acoge la vida de las comunidades de manera integral, con pueblos, culturas y organizaciones sociales propias, y que nos proporciona los recursos naturales para la reproducción de la vida y la cultura. Este es todo aquello que se puede ver y palpar con facilidad, es decir, los ríos, las ciénagas, los bosques, los animales, la tierra para cultivar, pero también incluye todo aquello que no se puede tocar con las manos y que hace parte de nuestra espiritualidad como pueblos nómadas, esto es, las manifestaciones culturales propias, las tradiciones, las costumbres, las fuerzas sobrenaturales que rigen la

naturaleza, los espíritu de nuestros ancestros que protegen el territorio, las formas propias de relacionarnos con la naturaleza y nuestro conocimiento ancestral.

Cultura y territorio se denota como “un esquema históricamente transmitido de significados representados por la oralidad, en la cual se construye un sistema de concepciones heredadas y expresadas en formas simbólicas, por medio de las cuales los seres humanos comunican, perpetúan y desarrollan su conocimiento y actitudes frente a la vida” (Geertz, 1983, p. 20) (Ver Figura 5).

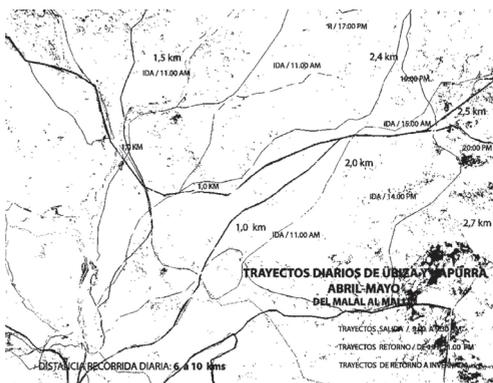


Figura 5.

Mapa confeccionado in situ de estudio de campo con la familia Antiné-Cuñimir durante el mes de marzo del año 2020 en las actividades cotidianas en la veranada del Mallín Grande en la cordillera del Galletue, Icalma. Se realizó tomando en cuenta los recorridos del ganado ovino y caprino por los distintos mallines, siguiendo los cursos y fuentes de agua. Se midieron los tiempos y distancias durante cada día y se construyó con ello un espacio del paisaje de la movilidad.

Por lo tanto, tomando lo dicho por Geertz, podríamos decir que la cultura se construye y reproduce desde aquellos significados que se han transmitido por generaciones por medio de la oralidad y que han sido representados simbólicamente en valores intangibles como en la construcción del espacio geográfico, y por cuales han perpetuado en el tiempo a pesar de todos los factores externos que han obligado a adaptarse, pero aún perduran y que le dan un sentido a la vida en la actualidad.

La identidad cultural se comprende desde una dimensión sobre definiciones de cultura y cómo evoluciona está en el tiempo. Es decir, engloba un sentido de pertenencia de un grupo social que comparte rasgos y cualidades culturales, como valores y creencias. No siendo éste un concepto fijo ya que se recrea individual y colectivamente, y al estar en contacto e interactuar con contextos externos a ellos se alimenta de ellos. Para comprender entonces la identidad de pueblos nómada se puede decir que este concepto trasciende a las fronteras, ya que está vinculado a un territorio en cierta forma permeables.

Por otro lado, la memoria proviene y es convocada directamente de este concepto de identidad y tradición oral, los recuerdos no solo se refieren a hechos de la memoria que suelen refrescarse periódicamente, sino también porque un grupo los mantiene vivos, como si fuesen del presente. De esta forma se va transformando en verdades culturales, convirtiéndose finalmente en un relato que se incrusta en la cotidianidad de un pueblo (Ver Figura 6).

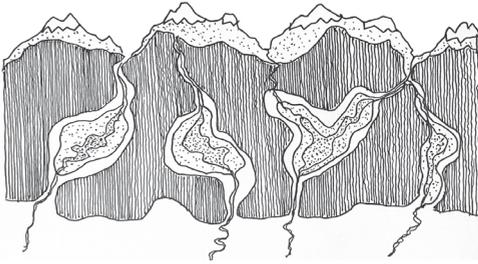


Figura 6.

Dibujo inspirado de los diálogos e imaginarios, recuperados de los *trewün* de la comunidad Huallemapu. La concepción de lugar de los mallines, como una fuente de vida y renacer. Donde el nacimiento de las aguas, del pewen y las hiervas sanadoras les provee de los alimentos para retornar cada año a la alta montaña (2020).

Para Halbwachs (1950) la “memoria colectiva” sería una conciencia del pasado compartida por un conjunto de individuos como también de un conjunto de representaciones colectivas. Para los pueblos nómadas, como sostienen algunos autores, esa memoria se ve representada constantemente en la propia movilidad y por ende la temporalidad, cuya perspectiva de la memoria es fundamental para dar unidad y reforzar el concepto colectivo de este y un territorio cambiante.

Por otro lado, Careri (2002) sostiene, que para los nómadas los puntos de partida y de llegada tienen un interés relativo, mientras que el espacio intermedio es el espacio del andar, la esencia misma del nomadismo, el lugar donde se celebra cotidianamente el rito del eterno andar, por tanto, asume el recorrido como lugar simbólico donde se desarrolla la vida de la comunidad.

El mapa nómada es una hoja en blanco, y se completa con el recorrido al conectar los lugares relevantes, ríos, lugares sagrados, en la trashumancia son los lugares aptos para el pastoreo o habitar, son los mapas de la movilidad.

Siguiendo con Careri, la ausencia de puntos como referencias estables en el paisaje los pueblos nómadas han desarrollado una capacidad para construir en cada momento un mapa propio, su propia experiencia se transforma en una cartografía mental sobre aquellos territorios recorridos, por lo tanto, en el movimiento la geografía sufre cambios continuos deformándose en el tiempo en función del desplazamiento, es decir, la relación del cuerpo en movimiento con el espacio cambia y muta en una perpetua transformación del territorio. Careri, al realizar la analogía sobre los mapas y un espacio líquido, ya que allí el nómada conforma su mapa mental llenando de espacios que flotan en el vacío al andar y allí donde los distintos recorridos quedan “señalados hasta que el viento los borre”.

Las rutas de montaña, de praderas o desiertos está surcado por vectores o líneas invisibles pero esculpidas en la roca y en la tierra por donde se recorre siendo esta una representación del espacio la que conforma en parte el modo de ocupación nómada (Ver Figura 7).

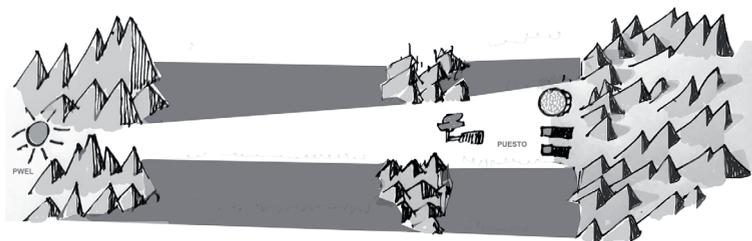


Figura 7. Dibujo de síntesis sobre la orientación oriente, del puesto de la veranada. El Mallín de la familia Antiné-Cuñimir un ñirre, fue determinante en la ubicación. Un 15 de marzo del 2020 a las 6.35 am, el Sol hace su aparición detrás del ñirre, dando la luz naciente hacia ambas construcciones (Fuente: Elaboración propia, registro de campo, investigación de tesis, 2020).

Los sedentarios construyen sus propios mapas desde lo lleno, lo construido y lo fijo y ven en los espacios nómada sólo espacios vacíos, sin embargo para estos están llenos de huellas invisibles, de formas, tensiones, repleto de acontecimientos, utilidad y significados, hitos para orientarse, esta experiencia del nómada le permite construir un mapa mental, dibujado con líneas y puntos significativos (recorridos) y por otro lado superficies diversas (territorios homogéneos) cambiantes en el tiempo, mientras los mapas permanecen en la continuidad del espacio recorrido.

Los primeros seres humanos que habitaron la tierra se debe el inicio de la lenta y compleja operación de apropiación y de mapación del territorio. La sola acción de andar a través del paisaje con el fin de dominar o reconocer los territorios y estableciendo con ello la práctica del movimiento lo cual permitió a los nómadas por vez primera la construcción de los primeros mapas o “mapación” del espacio, “asignándole el valor simbólico y estéticos del territorio” dice Careri al respecto. Este proceso de significación de la práctica nómada es la que llevó al nacimiento de la arquitectura del paisaje (Careri,2002) (Ver Figura 8).

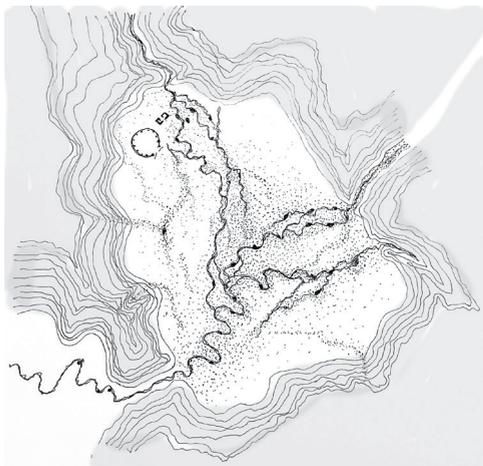


Figura 8.

Plano representativo de los elementos espaciales-geográficos relevantes de un mallín de alta montaña, afluentes de agua, la montaña, la conectividad del agua con el pastoreo, el pasto y las rutas de los animales, que en la mayoría de las veces son parte de antiguos circuitos pewenche que permitían cruzar la cordillera (Elaboración propia, 2021).

Reflexiones finales

A modo de conclusión, para contribuir a relevar la identidad trashumante de los pewenche es fundamental situar a este pueblo como los responsables de la territorialización de la cordillera de los Andes de la Araucanía.

Los territorios cordilleranos ocupados históricamente por los pewenche, constituyen a la luz del de los hechos, tanto documentos históricos, estudios y de los propios pewenche, a los responsables de la construcción de un territorio cultural, y que independiente del devenir de la historia adversa en cuanto a la pérdida de sus territorios originales, sobreviven en su más profunda identidad la movilidad como expresión de trashumancia cordillerana, a pesar de una fuerte presión al sedentarismo impuesto por el Estado de Chile.

Tanto los pewenche ancestrales nómadas como los actuales trashumantes, son un todo continuo histórico y le debemos a ellos la territorialización de la cordillera

Que la movilidad estacional continúa utilizando ancestrales rutas transcorderanas como ocupación del espacio geográfico.

También podemos concluir que los antiguos nómadas cazadores, son los arrieros de hoy, y de la misma manera las actuales recolectoras de hierbas medicinales y alimentos de hoy son la usanza de las anteriores recolectoras de tiempos históricos.

Todo esto es un modo natural del pewenche y su geografía, la montaña es y ha sido el imaginario del espacio cordillerano, es el paisaje cultural propiamente pewenche en la actualidad.

No obstante esta se ha visto modificada de forma alarmante en una constante degradación y pérdida de esa territorialidad, lo que amenaza toda la cultura de montaña que tanto tiempo le ha tomado a este pueblo.

Notas

1. Del mapuzungun idioma mapuche. El *pewen* araucaria araucana, árbol milenario que puede llegar a más de 50 metros de altura, durar más de 2000 años y que da como fruto al nguilliú o piñón, entre los meses de abril y mayo, y de *che*, gente o pueblo.
2. Del mapuzungun, de la palabra *nawelfütra*, *nawel*, jaguar y *fütra* o *füta*, gran o grande. Lago del gran jaguar.
3. Del mapuzungun, *lafken* que significa costa y *che* gente, la gente de la costa o un símil al poniente.
4. Del mapuzungun, *nguilliú* o piñón en castellano. Fruto-semilla del pewen, fruto que se cosecha entre a fines de marzo y principios de mayo. Alimento fundamental en la dieta pewenche.
5. Del mapuzungun, *pwelche* (en *chezungun*, variante idiomática usado por pewenche y wüilliche). *Pwel*, significa oriente, donde nace el sol, con un significado desde donde nace la vida. Y *che*, gente. La gente del oriente.
6. El río diamante según documentos históricos trasandinos se constituía como frontera natural hacia el norte de los territorios más transitados por los pewenche, aunque hay registros de pewenche mucho más al norte, en las inmediaciones de la hoy ciudad de Mendoza.
7. Quillangos, del mapudungun, una cantidad de pieles cocidas para formar mantas o cobertores. Posiblemente utilizadas para cubrir sus tolderías.
8. Bolsa o caja en forma de tubo, generalmente ensanchada en su parte superior, que se empleaba para llevar flechas; se llevaba colgada del hombro izquierdo mediante una correa, para poder coger las flechas con la mano derecha.
9. Batemawüida, volcán extinto de forma de batea achatada cercana a la localidad de Icalma (Chile) y Villa Pehuenia (Argentina). Del castellano la denominación Batea, debido a que en su cráter contiene una laguna y además de su forma achata. Del *chezungun*, *mawüida*, montaña, que para los Icalmche, la gente de Icalma tiene un significado de renovación de la vitalidad, paso obligado de antiguas caravanas hacia el sur. Ruta que el Longko Antiné continuó usando hasta el año 1986.
10. Variante del mapuzungun, de uso común entre pewenche y wüilliche antiguos. No obstante se encuentra en proceso de estudios lingüísticos sobre palabras acotadas a unos y otros.

Referencias bibliográficas

- Bender, B. (2001). Landscapes on-the-move. *Journal of Social Archaeology*, 1(1), 75-89.
- Bengoa, J. (1988). *Historia del pueblo mapuche*. Sur.
- _____. (1992). *Quinquén, 100 años de historia pewenche*. LOM.
- _____. (2000). *Historia del pueblo mapuche (siglo XIX y XX)* (6ta. ed.). LOM.
- Careri, F. (2002). *Walkscape: El andar como práctica estética*. Gustavo Gili.

- Casamiquela, R. (1989-1990). *El linaje de los Yanquetruz. Confirmación genealógica de la presencia –en épica histórica– del sustrato pan-tehuelche en el área pampeana*. Rionegrino.
- _____. (1995). *Bosquejo de una etnología de la provincia del Neuquén*. Subsecretaría de Cultura del Neuquén.
- _____. (2000). *Temas patagónicos de interés arqueológico. VI Análisis etnográfico de la morfología del toldo tehuelche y sus derivaciones etnológicas (hacia una retro etnología)*. Centro Nacional Patagónico y CONICET.
- Di Meo, G. (2008). Une géographie sociale entre représentations et action. *Montagnes méditerranéennes et développement territorial*, (23), 13-21.
- Geertz, C. (1983). *La interpretación de las culturas*. Gedisa.
- Giménez, G. (1996). Territorio y cultura. *Estudios sobre culturas contemporáneas*, 2 (4), 9-30.
- _____. (1999). Territorio, cultura e identidades: la región sociocultural. *Estudios sobre culturas contemporáneas. Época, II(9)*, 25-57.
- Halbwachs, M. (1968). *La memoria Colectiva* (pp. 166-167). P.U.F.
- Heidegger, M. (1953). *La cosa*. *Revista Ideas y Valores*, 2(7-8), 661-678.
- _____. (1994). *Construir, habitar y pensar*. Serval.
- Huiliñir-Curío, V. (2010). El rol de las veranadas en el territorio pewenche del Alto Biobío. Sector Lonquimay, IX Región. *Revista Geográfica Despertando Latitudes*, (2), 17-24.
- _____. (2015). Los senderos pehuenches en Alto Biobío (Chile): articulación espacial, movilidad y territorialidad. *Revista de Geografía Norte Grande*, (62), 47-66.
- Ingold, T. (1993). The temporality of the landscape. *World Archaeology*, 25(2), 152-174.
- _____. (2007). Materials against materiality. *Archaeological Dialogues*, 14(1), 1-16.
- _____. (2015). *Líneas. Una breve historia*. Gedisa.
- Mandrini, R. (1991). Frontera y relaciones fronterizas en la historiografía argentino chileno. A propósito de un reciente libro de Sergio Villalobos. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, (3), 139-145.
- Poeppig, E. (1960). *Un testigo en la alborada de Chile (1826-1829)* (Versión castellana, notas e ilustraciones de Carlos Keller R.). Zig-Zag.

Abstract: Geographical space has been one of the main conditioning factors for the existence of human beings, mainly because they have developed a large part of their vital activity in it, the main influence of which has been the biogeographical and physical characteristics of the natural environment they inhabit.

Nomadic peoples are characterised by their mobility in isolated and vast areas, as the Pewenche have done for centuries in the Andes Mountains. Geography has been a determining factor in the social construction of a landscape in movement. Productive activities, ways of life and culture are rooted in the temporal space that the Pewenche have built in the Southern Andes. Before the creation of the Chile-Argentina nation states, the Pewenche had developed transcordilleran exchange activities, increased by the introduction of European livestock. Due to their strategic position on the transcordilleran routes,

they capitalised on the flow of goods and therefore increased their movements through the use of the horse as a means of transport.

Once the new borders were imposed, the dismemberment of the Cordillera territory not only fragmented a geography that for mobile cultures is continuous, in which the fluidity of the landscape is a vital condition for their way of life. As a result of the loss of 90% of their original territories, the seasonal mobility typical of the Cordillera survives with fragility in the transhumant practice that they develop with extreme difficulty and limitations for the historical practice of mobility.

In short, this article reflects on the future of the Pewenche in the present day, in terms of mountain mobility and occupation of the geographical spaces of the high mountain range, their forms of occupation and those responsible for the construction of a mountain cultural landscape.

Keywords: Mobility - Landscape - Frontiers - Ephemeral - Nature - Inhabiting

Resumo: O espaço geográfico tem sido um dos principais fatores condicionantes da existência dos seres humanos, principalmente porque nele desenvolveram grande parte de sua atividade vital, cuja principal influência tem sido as características biogeográficas e físicas do ambiente natural que habitam.

Os povos nômades são caracterizados por sua mobilidade em áreas isoladas e vastas, como os Pewenche fizeram durante séculos na Cordilheira dos Andes. A geografia tem sido um fator determinante na construção social de uma paisagem em movimento. As atividades produtivas, os modos de vida e a cultura estão enraizados no espaço temporal que os Pewenche construíram no sul dos Andes. Antes da criação dos Estados nacionais Chile-Argentina, os Pewenche haviam desenvolvido atividades de intercâmbio transcordilheiras, incrementadas pela introdução do gado europeu. Devido à sua posição estratégica nas rotas transcordilheiras, eles capitalizaram o fluxo de mercadorias e, portanto, aumentaram seus movimentos por meio do uso do cavalo como meio de transporte. Uma vez impostas as novas fronteiras, o desmembramento do território da Cordilheira não apenas fragmentou uma geografia que, para as culturas móveis, é contínua, na qual a fluidez da paisagem é uma condição vital para seu modo de vida. Como resultado da perda de 90% de seus territórios originais, a mobilidade sazonal típica da Cordilheira sobrevive com fragilidade na prática transumante que eles desenvolvem com extrema dificuldade e limitações para a prática histórica da mobilidade.

Em suma, este artigo reflete sobre o futuro dos Pewenche na atualidade, em termos de mobilidade de montanha e ocupação dos espaços geográficos da alta montanha, suas formas de ocupação e os responsáveis pela construção de uma paisagem cultural de montanha.

Palavras-chave: Mobilidade - Paisagem - Fronteiras - Efêmero - Natureza - Habitar